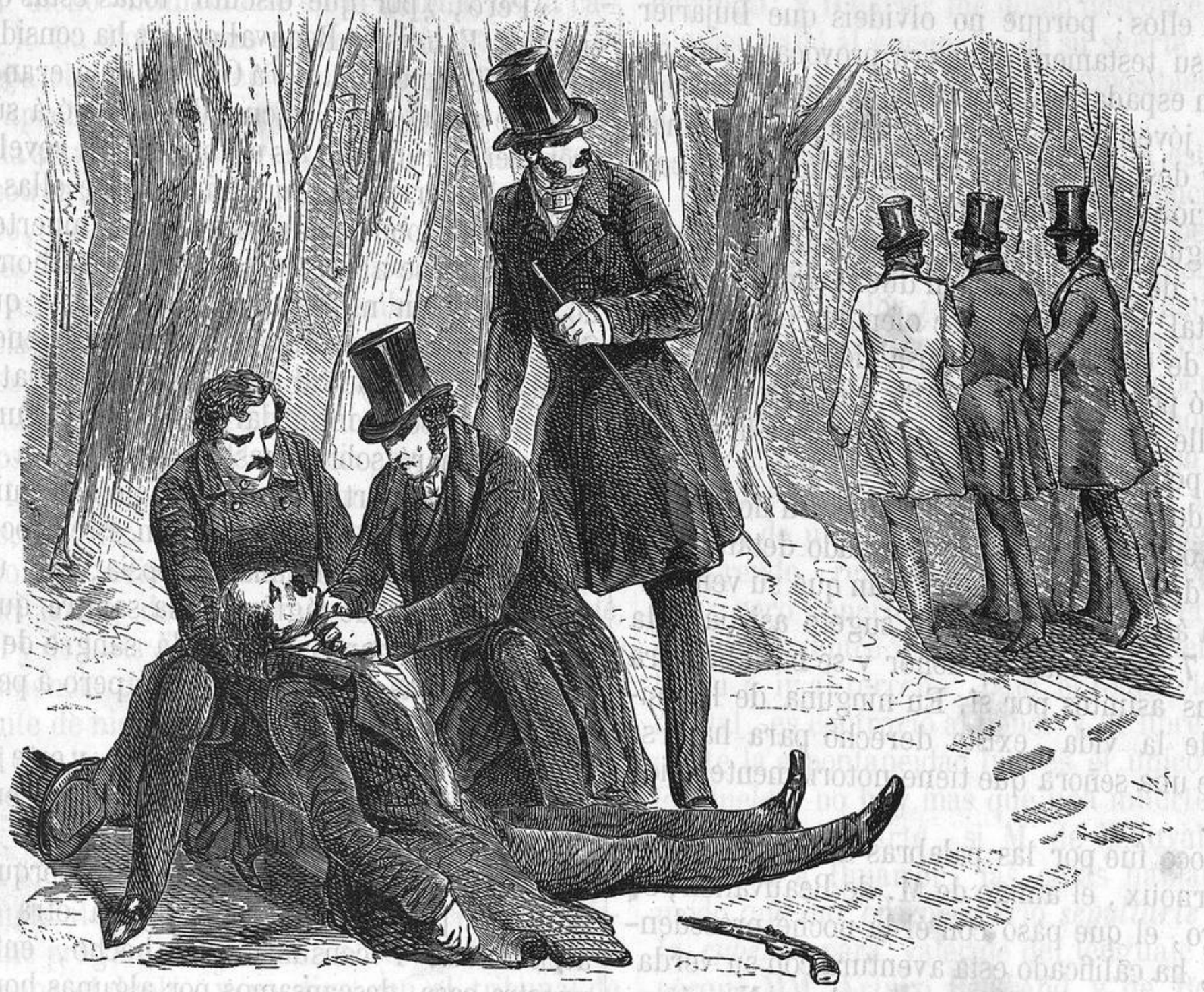
preso en el rostro humano no sé que divina grandeza como para contener toda violencia; pero hay gentes sin piedad y sin respetos para quienes el semblante hecho á imágen de Dios no es mas que un blanco.

»Cae Dujarier, y mientras se afana cada uno en torno suyo, Beauvallon y de Ecquevillez se arrojan sobre la pistola que estaba á dos pasos del moribundo: la recojen y huyen...

»Una hora despues, amortajaban á Dujarier sus criados en su cuarto. Todo en esta mansion hablaba de porvenir y de juventud; todo revelaba el pensamiento de una vida prolongada: él solo sin embargo, yacia en ella en su lecho, sin latirle el coraron y cadáver... El semblante perforado por la bala de Beauvallon llevaba el sello de la muerte violenta, no obstante se veia aun sereno; presentaba todavía los rasgos de un carácter bueno y complaciente, y asimismo algo tambien de esa altiva claridad que deja la muerte en las facciones cuando se la ha visto venir con valor. Por el bolsillo de su pecho salia un papel: era su testamento, y sobre estas palabras, *pretesto frívolo* habia una gota de sangre.

»Yo no sé si me equivoco, señores, pero me parece que la grande, la verdadera competencia de este



Consecuencias del desafío.

jurado respecto de un duelo, es la apreciacion de la causa que ha inducido á un hombre á matar á otro. No es posible que en un país cristiano quede impune el duelo, aunque fuese leal, si ha sido impuesto al muerto por una causa frívola é inadmisible.

»Creo que todo el mundo será aquí de mi parecer, incluso M. de Beauvallon, al decir que un duelo sin motivo apremiante é imperioso es un duelo infame.

»Sé todo lo que se puede decir sobre la cruel necesidad del duelo. Un hombre de estado eminente, un magnífico orador, un hombre que no puedo nombrar sin sentir una emocion de admiracion respetuosa, M. Guizot lo dijo no há mucho tiempo, con verdad y profundamente.

»Es una cosa buena, moral y saludable que haya una jurisdiccion para todos los casos y son numerosos á que no alcanzan las jurisdicciones. Se puede ser un perdido, un infame, el último miserable, y estar fuera del alcance del código. Diariamente se cometerian una infinidad de insultos, de molestias, de calumnias, de tiranías y opresiones intolerables y odiosas, á la faz de los magistrados, sino hubiera donde quiera que se halla un hombre de corazon, una justicia apreciadora de estos actos de justicia que se levante súbitamente en presencia del insolente y del calumniador con una espada ó una pistola en la mano. Esta justicia temible mantiene la urbanidad de las relaciones y las conveniencias sociales, sin contar que sirve tambien de salvaguardia á la parte mas inviolable y mas santa del honor de las familias.»

»Ya lo veis, no temo la luz, y sigo mas adelante: me adhiero á estas altivas palabras y me inscribo á ellas. Sí, es preciso saber pensarlo y decirlo, no hay uno de nosotros aun aquí mismo, que des-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación